

PORVENIR

La cultura en la
post pandemia

Maximiliano Ricardo Figuepron



Profesor universitario en Historia por la Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS); doctor en Ciencias Sociales por el Posgrado en Ciencias Sociales del Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES) y la UNGS. Fue becario doctoral y posdoctoral del CONICET hasta el año 2017. Su campo de estudio comprende los distintos aspectos socioculturales y políticos vinculados a epidemias ocurridas en Argentina entre los siglos XIX y XX. En 2016 su tesis doctoral fue premiada con el primer premio del Concurso de Tesis de la Asociación Argentina de Investigadores en Historia (AsAIH). El premio consiste en la publicación de la tesis a través de una editorial. Actualmente se encuentra en proceso de edición a través de la editorial Siglo XXI Editores.



¿Recordaremos el Covid-19?: reflexiones sobre memoria, historia y epidemias

Introducción

“El mundo ya no será el mismo”, nos dicen algunos. Para otros, todo será igual que antes, solo que un poco peor. Desde que el Covid-19 comenzó su desarrollo en Wuhan, surgieron una cantidad cada vez mayor de reflexiones de este tipo. Y también otras: ¿esta experiencia es inédita en la historia mundial?, ¿nunca antes hemos vivido un evento similar? A varios ha sorprendido descubrir que en 1918 existió una pandemia mundial de características similares, que se cobró la vida de millones de personas en todo el mundo. ¿Tenemos amnesia colectiva y olvidamos estos episodios traumáticos? ¿Por qué la llegada del Covid-19 parece hallarnos en un estado de desconcierto sobre las experiencias epidémicas pasadas?

La historia, en tanto disciplina, puede ofrecernos reflexiones y reconstruir experiencias pasadas. Pero seamos honestos: sería pedirle demasiado si esperamos encontrar en ella la clave para sobrellevar esta crisis mundial. De lo que se trata, entonces, es de pensar desde la historia, atando este evento tan particular a otros, conociendo experiencias semejantes, y sobre todo, utilizando algunos de sus temas y conceptos predilectos. Uno de ellos es la memoria.

Los caminos de la memoria

Como señala Enzo Traverso, la memoria se compone de representaciones colectivas del pasado tal como se forjan en el presente, y permite estructurar identidades sociales, inscribiéndolas en una continuidad histórica y otorgándoles un sentido, una dirección. Estas memorias compartidas por una comunidad se denominan “memorias colectivas” y tienen algunas características que serán centrales en el momento de reflexionar sobre el fenómeno. En primer lugar, la memoria colectiva simplifica y tiende a ver los acontecimientos desde una perspectiva única, que rechaza la ambigüedad y hasta reduce los acontecimientos a arquetipos fijados. Incluso en ocasiones los distorsiona, selecciona y edita para lograr instalarse como una verdad esencial, indiscutible. En segundo lugar, en general la memoria adopta formas narrativas, siguiendo estructuras de otros relatos construidos y fijados. En esta conformación, las representaciones del pasado (nuestras memorias colectivas) quedan estilizadas y simplificadas.

Tan importante como estas características es reconocer que la formación de una memoria colectiva se produce a través de diversos actores, que inciden y producen esas memorias. Se habla de “memorias fuertes”, mantenidas oficialmente por el Estado o diversas instituciones, o memorias “débiles”, que no consiguen calar hondo en la trama social y son susurros de minorías étnicas, sociales o de género (por mencionar algunos casos). En otras palabras, la conformación de una memoria colectiva no es un acontecimiento pasivo ni acumulativo, sino que operan diversos actores que refuerzan algunos relatos por sobre otros.

Quizás un ejemplo pueda ilustrar estas valoraciones y aportes teóricos. En 1871 ocurrió en la ciudad de Buenos Aires una epidemia de fiebre amarilla que ocasionó enormes pérdidas humanas y económicas. Durante seis meses, la vida de todos los porteños cambió radicalmente producto de la muerte masiva, el desabastecimiento de alimentos, la falta de insumos para ayudar a los enfermos y el éxodo de gran parte de la población hacia las afueras de la ciudad. La cifra final



de alrededor de 13.000 fallecidos (para entonces la ciudad tenía un promedio de 5000 defunciones anuales) reflejaba algo de ese drama humanitario. En ese contexto, Juan Manuel Blanes, célebre pintor de la época, realizó un cuadro cuyo tema era la epidemia. *Un episodio de la fiebre amarilla en Buenos Aires* fue expuesto en el foyer del Teatro Colón durante varios días de diciembre de 1871, y la población concurrió en forma masiva a verlo. El cuadro deviene un buen ejemplo ya que fue tomado como referencia de las epidemias de Buenos Aires una y otra vez, se volvió un testimonio no solo de lo que fue la fiebre amarilla de 1871, sino de cualquier otro fenómeno similar. Eclipsó todas las experiencias epidémicas previas (y también posteriores) y quedó así conformado un “recuerdo de la peste” que tomaba a 1871 como medida de la calamidad. Convertido en una especie de instantánea, una fotografía del drama, el cuadro de Blanes eclipsó otras experiencias, y al momento de pensar en nuestro pasado compartido, se volvió una referencia inmediata. Una memoria colectiva de la peste, podríamos afirmar.

Ahora bien, es cierto que los porteños no habían atravesado una epidemia tan agresiva, pero eran continuamente asediados por la viruela, el sarampión, la tuberculosis y la escarlatina. Incluso algunos años antes, en 1868, el cólera arribó a la ciudad produciendo la muerte del vicepresidente de la nación, además de miles de muertos y una profunda crisis social. Sin embargo, no hay demasiados registros en la memoria colectiva de estos eventos. ¿Por qué? ¿Por qué no recordamos que Marcos Paz murió de cólera ejerciendo la vicepresidencia, y sin embargo reconocemos a José Roque Pérez y Manuel Argerich (los protagonistas del cuadro de Blanes)? Mi hipótesis es que la epidemia de 1871 logró adecuarse a un modelo narrativo, una manera de ordenar el caos que fue vivir durante meses entre el miedo, la desolación, el hambre y la muerte de gran parte de la comunidad, mientras que otros eventos muy similares no lo lograron. En otras palabras, no hay un cuadro del cólera de 1868, ni libros de especialistas, ni notas periodísticas que lo rememoren. Así, el cólera de 1868 fue una memoria “débil”, recordada por pocos,

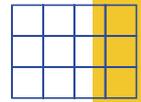
mientras que la fiebre amarilla de 1871 logró conformarse en una memoria “fuerte” de ese pasado. Se estilizó en una pintura, logró adquirir formas artísticas que le permitieron no solo trascender en el tiempo sino ser evocado una y otra vez, para contarnos a los que vivimos en el siglo XX (y ahora en el XXI), que allá lejos, en el siglo XIX, hubo una catástrofe llamada “la fiebre amarilla de 1871”.

¿Podrá el Covid-19 tener una modelización similar?

Recuerdos de epidemias

El Covid-19 está generando una experiencia social que posiblemente deje registros en nuestra memoria colectiva al menos en el corto y mediano plazo, de eso nadie tiene dudas. El impacto económico que ya ha producido en todo el mundo dejará una serie de dolorosas experiencias colectivas, que seguramente lograrán retratarse en diferentes expresiones. Pero en cuanto a la propia epidemia, las narrativas que reconstruyen las peripecias de médicos, las entrevistas a especialistas (desde sanitaristas a antropólogos) y la interminable cantidad de imágenes y videos en las redes sociales seguramente hallarán un momento de condensación, en el cual algunos predominarán por sobre otros. ¿Recordaremos los aplausos a las nueve de la noche? ¿Las filas para entrar a los comercios? ¿Los barbijos (que ya adquieren la nueva denominación de “tapabocas”)? ¿Las interminables jornadas del confinamiento? ¿Recordaremos el silencio en las calles, las plazas vacías? No lo sabemos. Pero lo que sí es seguro es que no recordaremos todas estas experiencias, sino solo algunas. Y también considero que esta memoria colectiva estará condicionada por dos variables.

La primera es la narrativa mundial del Covid-19, a la cual desde nuestro país nos conectaremos y haremos las modulaciones propias de nuestra experiencia. Me refiero a que no es lo mismo un país que realizó fosas comunes para miles de



cadáveres, a otro en el que la epidemia fue un potencial peligro que nunca llegó a materializarse. Sin embargo, el peso decisivo que algunos países tienen en el momento de generar identidades culturales (Estados Unidos y Europa, sobre todo) seguramente permeará la memoria colectiva que tengamos del Covid-19. En esta línea, el Estado (nacional, provincial, municipal) es otro actor decisivo. Tanto por su accionar o por su silencio, el Estado puede ser promotor de políticas de memoria. Tenemos muchísimas experiencias a mano, quizás la más reciente sea la generación de una memoria en torno a las dictaduras del siglo XX, y la conformación de una valorización de los derechos humanos. La pregunta, un tanto disparatada quizás, que podríamos formularnos es: ¿el Estado creará alguna política de la memoria (un monumento, un día conmemorativo, por ejemplo) por esta epidemia? ¿La pandemia mundial amerita ese tipo de intervención?

La segunda variable es la posibilidad concreta de desarrollar e implementar una vacuna. Los expertos no concuerdan del todo, pero en general afirman que el mejor de los pronósticos solo puede asegurar una vacuna para 2021, lo que abre un período relativamente amplio de incertidumbre, con el confinamiento y la distancia social como únicas herramientas para enfrentar al Covid-19. Es muy posible que estos meses que pasemos con la ansiedad de una resolución, produzcan una huella en nuestra memoria colectiva. Sin embargo, la llegada de la vacuna muy posiblemente borre mucho de lo vivido. Y aquí utilizo una vez más un ejemplo histórico. La viruela que durante siglos fue un azote de pueblos y ciudades, logró ser erradicada a través de un ambicioso programa de vacunación

mundial hace apenas cuarenta años. ¿Qué recordamos colectivamente de ella? ¿Recordamos siquiera que erradicamos una de las enfermedades más mortales del pasado? Lo que intento afirmar es que desde que Louis Pasteur y Robert Koch (por citar solo dos figuras icónicas) lograron descifrar la esencia de las enfermedades infecciosas, algo cambió en nuestras representaciones sobre las enfermedades.

Cultura y covid-19

De acuerdo con Federico Kukso, las historias que nos contamos influyen en la manera en que vemos el mundo. Lo encuadran, nos ayudan a pensarlo y hacerlo posible. Eso, a grandes rasgos, es lo que podríamos denominar cultura. Solemos pensar que cultura es un libro o una escultura, y de hecho lo son. Pero además la cultura es narración, acción, creación, movimiento. Pensar el mundo, pero también habitarlo. Siguiendo al antropólogo Clifford Geertz, podemos entenderla como una red de sentidos, una trama que nos permite volver inteligible nuestra realidad. Entonces, desde esa concepción, la cultura es esencial a la hora de reconstruir el tejido social de una comunidad desgarrada por un evento como la actual pandemia mundial.

Esta cultura, que busca “atar” lo caótico de la incertidumbre y el miedo, inunda las redes sociales y nuestra vida cotidiana. Solo a modo de ejemplo, comentaré la utilización de un poema titulado “Cuando la tormenta pase” o “Esperanza”. El poema es un ejemplo muy notable no solo de esta producción cultural en tiempos de pandemia, sino también de las peculiaridades del proceso. Comenzó a circular en las redes sociales a principios de abril, recitado por destacadas personalidades de la cultura, tanto de forma individual como colectiva. Incluso se afirma que el propio papa Francisco se emocionó al leerlo. Es el siguiente:

Cuando la tormenta pase
y se amansen los caminos
y seamos sobrevivientes
de un naufragio colectivo.

Con el corazón lloroso
y el destino bendecido
nos sentiremos dichosos
tan solo por estar vivos.

Y le daremos un abrazo
al primer desconocido
y alabaremos la suerte
de conservar a un amigo.

Y entonces recordaremos
todo aquello que perdimos
y de una vez aprenderemos
todo lo que no aprendimos.

Ya no tendremos envidia
pues todos habrán sufrido.
Ya no tendremos desidia
seremos más compasivos.

Valdrá más lo que es de todos
Que lo jamás conseguido
Seremos más generosos
Y mucho más comprometidos

Entenderemos lo frágil
que significa estar vivos,
Sudaremos empatía
por quien está y quien se ha ido.

Extrañaremos al viejo
que pedía un peso en el mercado,
que no supimos su nombre
y siempre estuvo a tu lado.

Y quizás el viejo pobre
era tu Dios disfrazado.
Nunca preguntaste el nombre
porque estabas apurado.

Y todo será un milagro
y todo será un legado
y se respetará la vida,
la vida que hemos ganado.

Cuando la tormenta pase
te pido Dios, apenado,
que nos devuelvas mejores,
como nos habías soñado.



Algunas apreciaciones sobre este fenómeno. En primer lugar, desde su circulación en redes sociales se le dio el título de “Cuando la tormenta pase”. También se aludió la autoría a Mario Benedetti, uno de los poetas latinoamericanos más leídos en todo el mundo. Benedetti falleció en el año 2009, y algunos asociaban que fue escrito para otro contexto de crisis, posiblemente las dictaduras sudamericanas de la década del setenta. Sin embargo, surgieron comentarios que la autoría real no era de Benedetti sino de un humorista cubano, Alexis Valdez, quien reside actualmente en Estados Unidos y tiene un programa televisivo. Valdez salió en su programa a confirmar la autoría y el verdadero título: “Esperanza”. ¿Es casual que el poema haya sido adjudicado a uno de los más importantes poetas latinoamericanos? No lo creo. Creo que más que un error menor, el ejercicio de buscar enmarcar este poema en la obra de Benedetti es una forma de posicionarlo como algo digno de ser recordado. Algo así como el cuadro de Blanes, un recuerdo memorable en tiempos de peste.

Por otra parte, el poema también se apoya en un tópico recurrente durante las epidemias: la colaboración y la solidaridad. Suele ocurrir que ante eventos tan dolorosos y angustiantes se produzca un reconocimiento público hacia aquellos que se enfrentan a la crisis y ponen en peligro su vida por la de otros. En los medios de comunicación y las redes sociales son abundantes este tipo de valoraciones hacia enfermeros y médicos, como aquellos que están en la primera línea de batalla. No aparecen tanto los recolectores de residuos, el personal docente o los fabricantes de insumos básicos (alcohol en gel por ejemplo), pero es esperable, ya que el personal de salud se recorta inmediatamente como los “héroes” de esta cruzada. Al mismo tiempo, las epidemias desnudan carencias e inequidades, como el bajo sueldo de médicos y enfermeros, o los carteles de algunos vecinos que intiman al personal de salud a que se retiren del edificio para no exponerlos al Covid-19. ¿Recordaremos el poema? Quizás. ¿Y los carteles de “somos tus vecinos y queremos pedirte por el bien de todos que te busques otra vivienda mientras dura esto”?

Desmemorias

¿Qué recordaremos, entonces, de la pandemia? Sin duda quedarán las experiencias individuales, las charlas de sobremesa recordando alguna anécdota y una enorme cantidad de publicaciones editoriales (desde crónicas personales, análisis filosóficos hasta libros de autoayuda) que seguro llegarán pronto. Me atrevo a decir que algo de eso quedará en la memoria colectiva durante algunos años, que el Covid-19 dejará alguna huella. Sin embargo, no coincido con las interpretaciones que vaticinan (a veces irresponsablemente) que ya nada será igual. Se suele pensar que un fenómeno tan particular necesariamente tiene que dejar secuelas profundas en la trama social, cambiar las instituciones, modificar nuestra forma de ser y de convivir con otros. Pero lo cierto es que ninguna epidemia *per se* modificó una sociedad, e incluso la aparición de estos discursos extremos son recurrentes durante una epidemia. La historia puede ayudarnos con ejemplos: ni la gripe española de 1918 ni la poliomielitis (que durante décadas afectó a todo el mundo) logró realizar cambios radicales en las formas de sociabilidad. Después de esos eventos críticos (e incluso durante) no dejamos de abrazarnos ni de reunirnos. Mientras dure esta pandemia, en el corto plazo, las medidas restrictivas van a incidir en las formas de sociabilidad, van a hacer mella en nuestra vida cotidiana. Pero esos cambios no necesariamente van a dar a luz a una nueva realidad social y/o cultural. Transformaciones de esa magnitud no suelen ser engendradas por un episodio aislado (una guerra, una epidemia, un terremoto), sino que, en el mejor de los casos, aceleran procesos que ya se encontraban en desarrollo.

En donde quizás se produzcan cambios más significativos es en otro registro, en ocasiones menos perceptible. Los estados modernos han tenido un protagonismo central al lidiar con esta pandemia y la forma de gestión, detección y tratamiento del virus fue decisivo para evitar catástrofes (o colaborar a producirlas). El lugar de los expertos en materia de epidemiología y también los descubrimientos logrados desde dependencias estatales parecen constatar que el Covid-19 instaló la necesidad de estados más presentes en el área de salud. Un país más atento a la capacidad de camas y respiradores en sus hospitales, con mejores salarios para el personal de salud, y con un sistema sanitario más organizado al momento de curar y cuidar a sus habitantes. Ojalá así sea. ◆